

J. ONOFRE LARUMBE PÉREZ DE MUNIAIN

Jesús M^a Omeñaca Sanz

D. ONOFRE EN LA OLIVA

Quienes estamos hoy en esta honorable abadía y quienes alguna vez la han visitado, no tendríamos la misma percepción visual y vital de su conjunto material y espiritual, si en un momento de su milenaria historia no hubiera pasado por aquí la figura de un hombre que dedicó a su mantenimiento y revitalización los mejores afanes de su vida. Puede decirse que lo que le conocieron y trataron vinculan su nombre casi inevitablemente a este señero monumento que es parte necesaria del patrimonio artístico, histórico y espiritual de Navarra.

BIOGRAFÍA: DATOS Y TRAYECTORIA

Nos estamos refiriendo, por supuesto, a D. Juan Onofre Larumbe Pérez de Muniain. Los datos de su biografía son fáciles de seguir porque no está aún lejano su paso por la tierra y viven bastantes de los que le conocieron. de todos modos es imprescindible que los hagamos constar, al menos en favor de los que no tuvimos la oportunidad de tratarle.

Nació D. Onofre -como todo el mundo le llamaba- en Pamplona, el 12 de junio de 1881, y murió en Roncesvalles (Navarra) el 10 de noviembre de 1942. A los 11 años de edad comenzó los estudios eclesiásticos en el Seminario de Pamplona, donde cursó cuatro años de latín, tres de filosofía y cinco de teología, y también el bachiller civil en el Instituto. A sus 23 años fue ordenado sacerdote, el día de sábado santo de 1906.

Empezó a ejercer el ministerio como coadjutor y en marzo de 1911 fue nombrado cura ecónomo de la parroquia de Olo. A raíz del concurso a parroquias celebrado en diciembre de 1911, se le adjudicó, el 16 de octubre de 1916, en propiedad, la parroquia de Aldaba. En 1920 fue nombrado beneficiado de la catedral de Pamplona y capellán de las MM. Ursulinas. Fue profesor de la Normal y tuvo a su cargo hasta el final de sus días la clase de Arqueología Sagrada en el Seminario. Aquí, como veremos, tuvo el discurso inaugural del curso 1934-35. Ya en 1925 se hizo retratar con la medalla de Académico C. de la Academia de la Historia. Al retirarse Altadill y Campión de la Comisión de Monumentos de Navarra quedó Larumbe como presidente en 1926. En 1938 se firmaba Delegado de Bellas Artes de Navarra. Su fallecimiento ocurrió inopinadamente, como después comentaremos, en Roncesvalles, el día 10 de noviembre a las 12 de la noche, siendo trasladado su cadáver a Pamplona el día 11, de creer el Obituario de la Catedral.

SU ÉPOCA, PARA LA HISTORIA DEL ARTE

Para tratar una semblanza de cualquier persona que haya tenido responsabilidades o al menos intervenciones en el ámbito del Patrimonio arquitectónico, o si queremos, cultural, de una diócesis, provincia o región, es imprescindible encuadrarle en los años concretos en que le tocó vivir y, después, deducir las consecuencias lógicas de esa realidad histórica, si no queremos precipitar nuestro juicio por las rapas del anacronismo. Tendrá esto la consecuencia de valorar los aciertos, apreciar el entusiasmo y la buena voluntad, pero también sopesar lo que, al menos ahora, se ven como evidentes desaciertos. Tanto más en nuestro tiempo, en que, por una parte, se goza de una libertad a veces exagerada en los conceptos de la propia belleza o de su restauración y, por otra, se dispone de adelantos casi

asombrosos en el campo de la investigación histórica y de los propios materiales de construcción.

Para penetrar en el pensamiento y en el carácter que dominaron sus ideas y sus entusiasmos, y hasta sus desánimos, hay que trasladarse a los años de su formación en la última década del siglo XIX, y las dos primeras del XX, con la presencia física de las más tristes secuelas de las desamortizaciones del siglo XIX, el forzado abandono de los monasterios y conventos, la desaparición o dispersión de sus bibliotecas, el despojo y rapiña de los bienes que habían sostenido la cultura religiosa y aun gran parte del acervo documental en el Antiguo Régimen.

En contraste con su formación religiosa y su entusiasta patriotismo, estas realidades le hicieron reaccionar de un modo casi virulento, no lejos, por cierto, del que compartían algunos navarros ilustrados de esas décadas, principalmente los que formaron la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra, tan luminosamente estudiada en la tesis doctoral del Dr. Emilio Quintanilla Martínez. Aunque no me he detenido en contrastar sus opiniones sobre la penosa y lamentable época del pontificado de Fr. José López Mendoza, de triste recuerdo para el patrimonio artístico religioso mueble de la diócesis de Pamplona, en parte historiada por Goñi Gaztambide y el citado Quintanilla, no puedo dudar de que en su intimidad, D. Onofre tuvo que sufrir silenciosamente, y quién sabe si su entusiasmo por difundir y valorar el patrimonio artístico en sus clases del Seminario, en sus publicaciones y en sus gestiones desde sus cargos, no se debió a una reacción patética ante lo que se veía impotente de evitar y quería contrarrestar en lo posible.

SUS CRITERIOS EN LAS INTERVENCIONES SOBRE EL PATRIMONIO ARTÍSTICO

Todo lo dicho hasta ahora está en el fondo de sus criterios, decisiones y actuaciones en las restauraciones del patrimonio arquitectónico de Navarra. Desde su puesto en la Comisión de Monumentos de Navarra, le tocó tratar de muchos casos, pero aludiremos solamente a algunos concretos. En varios asuntos quedan sus propios testimonios y, en otros, los de quienes opinaron sobre sus decisiones. Cuando hagamos un somero recorrido por las páginas de su inédita Guía de Navarra, veremos reflejados muchos de sus pensamientos y criterios. Hagamos constar que entre 1844 y 1927 fueron declarados “monumento nacional” Leire, la Cámara de Comptos, Irache, La Oliva, la catedral de Tudela, Santa María de Sangüesa y el palacio real de Olite. Por diversos motivos, que no son ahora del caso, el interés de la Comisión se centró, ante todo, en la intervención sobre ellos. Sin embargo, el interés personal de D. Onofre se concentró principalmente en La Oliva y Roncesvalles. No insistiremos especialmente en describir el caso de La Oliva, cuyo tratamiento ha sido encomendado al referido amigo Quintanilla. En todo caso, los criterios de intervención asumidos aquí por D. Onofre estaban en la línea contraria a la del arquitecto D. Teodoro Ríos Balaguer, que intervino al comienzo de la restauración de La Oliva.

En la obra de Quintanilla se resalta el criterio de D. Onofre, contrario a reutilizar los elementos originales cuando era posible y partidario, en cambio, del sistema historicista, reelaborando los elementos desaparecidos según el gusto decimonónico. Era la teoría, ya desfasada por entonces, del francés Viollet-Le Duc. En un informe de 1930 del arquitecto D. Teodoro Ríos se recogen algunos datos clarificantes: “La Comisión de Monumentos de Navarra ha realizado obras de restauración en la iglesia (...) Todas estas obras debían estar informadas por mí y aprobadas por la superioridad, pero la Comisión de Navarra, mejor dicho, su presidente D. Onofre Larumbe, que es el erudito que conoce más a fondo la

historia del monasterio y que le tiene apasionado afecto, no ha querido pasar ese trámite, sin duda por unir su nombre al de la restauración del monasterio y ha hecho sin consultar con nadie cuanto le ha parecido: De esta actitud tiene conocimiento la Dirección General de Bellas Artes, en distintas comunicaciones que le he dirigido, creyendo también conveniente, dadas las circunstancias especiales en que se ha realizado esta restauración de la iglesia, tratar de contemporizar y dejar hacer al Sr. Larumbe, si bien es de lamentar que haya utilizado en todas sus obras el cemento, para formar piedras artificiales en alzados y en el pavimento (...). El arquitecto no puede hacer más que llamar la atención de la superioridad y tratar de convencer al Sr. Larumbe que un modesto arquitecto tiene más sentimiento de las líneas que un erudito de biblioteca, y declaro que no he podido nunca convencer al obstinado presidente, del que reconozco su buen deseo y he conservado su antigua amistad. Aparte de estas obras en la iglesia ha realizado otras, siempre a base de cemento, en la capilla del paso al claustro y en la torre sobre la portada de la iglesia (...)"

De todos modos, prescindiendo de estos criterios constructivos tan discutibles como innegables, tampoco se debe omitir, y esta es la mayor gloria de D. Onofre en el monasterio de LA Oliva, su tesón, coronado por el éxito, de lograr resucitar la vida monástica en él, cuando por fin, en 1927, gracias a sus gestiones, la comunidad cisterciense tomó posesión de todo el conjunto, instalándose en principio en las habitaciones del palacio del Abad. Esta comunidad, desde la Revolución francesa, soportó un largo peregrinaje desde su origen en la Gran Trapa, por Rusia, Austria, Suiza, España, de nuevo Francia y vuelta a España en Bellpuig, San Pedro de Cardaña, Getafe, hasta recalar en La Oliva. Que conste también que gran parte de los desaciertos restauradores de D. Onofre han sido subsanados posteriormente por la Institución Príncipe de Viana.

Otro caso muy conocido es el de la intervención en la Colegiata de Roncesvalles. En las actas de la Comisión de Monumentos de Navarra no se hace ninguna referencia a D. Onofre, entonces vocal de la misma. La restauración de la iglesia colegial se hizo con trazas del arquitecto Garraus, pero bajo la dirección de D. Onofre y tuvo lugar entre 1939-1944. Fue a finales de 1939 cuando se decidió por D. Marcelino Olaechea llevar a cabo la repriminación de la iglesia de Roncesvalles, nombrando a D. Onofre director de la obra en los aspectos artísticos de la misma. En su inédita Guía escribe éste último estas líneas: (1938) "... Queda la iglesia, de pequeñas dimensiones, diáfana construcción ojival primario de tres naves y crucero, con preciosa cripta; pero tan enmascarada de enormes capas de yeso y afeada por adiciones postizas, que no es fácil dejarse adivinar. El plan del autor de estas líneas es, de hace años, restaurarla y abrirla toda la luz como un fanal; cosa no difícil, es cierto, por parte de todos, unidos, pero que van dejando pasar tan excelente coyuntura". Es sabido que, desde su construcción en el siglo XIII, padeció ya un gran incendio en 1445, el hundimiento del claustro primitivo en 1600, reconstruido entre 1615 y 1660, el enmascaramiento barroco en el siglo XVII, los destrozos en la guerra de la convención, cuando en 1793 hubo de abandonar el cabildo la colegiata que, al decir de Ibarra, "fue en gran parte pasto de las llamas, convertidas en cuerdas las iglesias y en alimento del fuego las venerandas imágenes... Todo en Roncesvalles quedó destruido y profanado por aquellos que se decían profesionales y amantes de los lemas de justicia, fraternidad e igualdad".

Aquellas buenas intenciones de D. Onofre no dieron el resultado que, al menos hoy, hubiéramos deseado. Todos los autores que han escrito después, están acordes en el grave desacierto: el arquitecto y profesor Francisco Íñiguez, en el AMN se expresa así: "La frenética y tristemente famosa restauración de 1940 la deshizo por entero y, citando a Torres Balbás añade: "profanada hasta su entraña, es una iglesia

completamente nueva, una torpe falsificación de la que huyeron a la par belleza y emoción”. Y lo malo es, concluye Íñiguez que, “con profundo sentimiento debemos confesarlo, quizá no tenga remedio”. Esta opinión me la repitió a mí insistentemente.

Afortunadamente, la Institución Príncipe de Viana ha acometido en los últimos años, bajo la dirección de D. Leopoldo Gil una importante intervención, lo mejor que se ha podido hacer, dentro de lo que cabe en estos casos, siempre discutibles. Imagino que el mayor disgusto de D. Onofre debió de tenerlo cuando descubrió que la plementería de las bóvedas no era de piedra sino de ladrillo (como en Burgos), pero lejos de desanimarse mandó echar una capa de cemento y simular sobre ella una supuesta cubierta de sillería. Se diseñó de nuevo una rosa a los pies (mucho menos ambiciosa de lo soñado), ya que el muro estaba antes macizo, y un tímpano nuevo sobre la puerta. El triforio fue muy restaurado y también parte de los pilares de la nave. Los arcos bajos de la cabecera son falsos: los ventanales de la misma llegaban casi hasta abajo. Tampoco convencía a Íñiguez la colocación de la Virgen, una vez retirado el retablo: “Su emplazamiento actual (¡cómo no!) consecuencia de los furros puristas de la restauración (?) última es perfecto modelo de lo que jamás debió hacerse; la montaron en soportes absurdos, todo cubierto, altar, arcos e imágenes por una mala copia del estupendo baldaquino de la catedral de Gerona, que para colmo de males debió de costar carísima”. De hecho, se envió plata al Sr. Sunyer de Barcelona para el futuro altar. También algo de esto se ha corregido en años posteriores. Las actas capitulares de Roncesvalles no son tan prolijas sobre el tema de la restauración como podría esperarse. Aún así hay algún dato significativo: el 15 de noviembre de 1940 se dio lectura, en sesión del cabildo, a una comunicación del director general de Bellas Artes dando normas para la ejecución de las obras que están realizándose en la iglesia de la colegiata de Roncesvalles, y toma el acuerdo de que pase esta comunicación a la sección de

Monumentos de la Institución Príncipe de Viana y de que se comunique al Sr. Larumbe, delegado de Bellas Artes en Navarra y al Sr. Prior de la colegiata de Roncesvalles para su cumplimiento. Está firmada por el marqués de Lozoya y era de este tenor: “... después de haber girado una visita a las obras que se ejecutan en la iglesia de Roncesvalles, se complace en hacerle presente la satisfacción que le ha producido ver los trabajos emprendidos para dejar al descubierto la estructura primitiva de la referida iglesia; y para ello es absolutamente preciso que en todos aquellos elementos que por su mal estado hayan de ser sustituidos, se emplee la piedra de sillería y, únicamente en aquellos que por su dificultad de ejecución o por encontrarse en sitio no fácilmente apreciable, se utilice muy discretamente el cemento moldeado. Es igualmente necesario que se respeten todos los elementos primitivos que lo permitan su estado de conservación. Y así mismo será preciso cuidar cuanto se refiera a las construcciones actualmente en ejecución próximas a la colegiata, haciendo que aquello no desfiguren ni alteren el conjunto de tan preciado monumento, etc.”.

Alguna otra alusión de menor importancia se halla en el acta de 6 de diciembre de 1940, acordándose que el Sr. Larumbe no adopte resolución alguna en los asuntos de importancia sin consultar y obtener la aprobación del Cabildo. En la misma sesión se propuso la colocación de vidrieras, tema que volvió el 29 de agosto de 1941 y el 5 de septiembre del mismo año, sacando a concurso la ejecución de las mismas. El día 26 del mismo mes y en otras sesiones siguientes, se desechó una propuesta de D. Onofre de abrir una escalera a la cripta desde el centro de la iglesia, también el vender el actual órgano e igualmente se desechó el proyecto del Sr. Larumbe sobre los temas de las vidrieras, proponiendo otros distintos. Se propuso la colocación de sendas tallas de san José y del Sagrado Corazón en las capillas de los ábsides. Finalmente se presentó un programa iconográfico para las vidrieras, redactado por una comisión del cabildo, incluida

alguna opinión del Sr. Obispo Olaechea. Se dejó e momento la colocación de vidrieras artísticas en los ventanales laterales. Resumiendo la intervención de D. Onofre en Roncesvalles, al leer las actas del cabildo parece entreverse una sutil desconfianza por parte de éste hacia el impuesto director de la obra, pero quien conozca las interioridades de cualquier cabildo tampoco se sentirá sorprendido. Ni se debe negar su loable afán y sus preocupaciones para llevar a cabo una obra que, al fin, no pudo ver terminada.

Entre todos los monumentos que en su día contemplaba D. Onofre y en cuya restauración soñaba, no podía faltar la Catedral de Pamplona, y no precisamente porque estuviera en ruinas sino porque su aspecto y su mobiliario estaban muy lejos de satisfacer al entusiasta y erudito sacerdote que, por cierto, había sido nombrado Beneficiado de la misma en 1920. Para conocer su impresión concreta sobre la catedral en aquellos años, es ilustrativo el leer un artículo suyo publicado en una revista o folleto de Pamplona publicado con ocasión del primer cuarto de siglo, es decir, el año 1925.

Como siempre que escribía sobre la catedral, en él se exaltaba hasta lo indecible, tratando de contagiar su entusiasmo con retóricas, hiperbólicas y desmesuradas exageraciones. Hace unadescipción con el estilo que hoy se nos antoja extremadamente barroco. No se recata en afirmar que en algunas cosas no tiene rival en España y que hacen de ella sin disputa una de las mejores del mundo. Es evidente que D. Onofre no tuvo oportunidad de viajar gran cosa, si quiera por Europa, aunque atesoraba notable erudición libresca. Tiene el mérito de atribuir (al menos con interrogante) el Cristo del trascoro a Ancheta, mientras cayó en el error, general por entonces, de atribuirle también la sillería del coro.

El claustro, por supuesto, es “el primero del mundo”. De la imagen de santa María la Real escribe en la “guía” (pag. 93), después de extenderse en la historia: ”A vista de ella se refiere a la de Irache) podemos por consiguiente ponderar las

terribles mutilaciones sufridas por la nuestra, cuyo análisis en resumen es el siguiente: Niño de principios del siglo XVI; silla, que sirve de guarnición al escabel, de fines del XVI; escabel del barroquismo más avanzado; corona de diario de plata sobredorada y factura gótica, dádiva de una reina navarra, siglo XV. Queriendo ajustarla en un arete de plata superpuesto, ocasionó desatentada alteración de la parte superior de la sagrada cabeza, en cuya oquedad custódiense numerosas reliquias de gran importancia relatadas en un pergamino auténtico del siglo XV. Las manos son reformadas; y la imagen -fuera del retoque de la cara y revestimiento de plata, plegada a la turgencia del alma de madera que le informa- era de época indeterminada; al menos (no tan decidido como todos los arqueólogos que de ella se han ocupado) no me atrevo a fijarla ni aproximadamente siquiera”.

Ya que estamos en el tema catedral añadiremos algunas apreciaciones (33 páginas) incluidas en la “Guía”: El hastial o fachada del templo, obra de Ventura Rodríguez a comienzos del siglo XIX, nada promete, a pesar de su grandioso tetrástilos romano compuesto, que merezca interesarnos”. Sigue una descripción del interior a su modo, incluidas las dependencias, que hacen del conjunto un grandioso monasterio... Echa en falta casi todas las puertas al exterior y las pinturas murales en los entrepaños al interior, que hubieran suplido los triforios, como las que había por entonces en el claustro. Acompaña a la descripción consideraciones estilísticas y destaca como notables: el Cristo del trascoro, la sillería del coro, el órgano, el sepulcro de los reyes, que difícilmente tendrá superación en parte alguna, la verja plateresca del coro; “la verja gótica admirablemente trabajada como una de las mejores de su línea, por la forja de sus conopios trenzados, agujas caladas, doseletos y escenas marianas cual si de cera blanda fueran trabajadas”. Ya hemos transcrito sus comentarios a la imagen de santa María la Real. No omite la capilla de san Juan Evangelista “que tuvimos el

gusto de reintegrar, hace unos años, en su verja, retablo y grandioso sepulcro, reprimado, de D. sancho Sánchez de Oteiza. “Nada de particular ofrece, o muy poca cosa, la ostentosa sacristía canonical...” De la orfebrería hace una sumaria enumeración. Al claustro dedica una extensa consideración, comprendidas sus grandes puertas monumentales.

D. Onofre, aun no siendo canónigo, y sin participar, al menos directamente, en las deliberaciones y decisiones del cabildo, gracias a su prestigio, era escuchado con respeto y autoridad por los capitulares. Y, sobre todo, desde que el obispo Olaechea le nombró “Delegado de Bellas Artes y Episcopal de las obras de la catedral de Pamplona”, cuando -siempre según sus palabras- “hubo incoado el sábado 20 de abril de 1940... la gran restauración que está llevándose a cabo en la catedral pampilonense” (Diario de Navarra, 3-5- 1940, pág. 1). Fueron las obras, entre otras muchas: la instalación de una calefacción en el subsuelo (que fracasó), la eliminación del coro y el traslado parcial de la sillería a la cabecera, la eliminación del retablo mayor, el desalojo total de la Barbazana (tres retablos, pinturas, cuadros y lienzos murales, etc.). D. Onofre no conoció el término de todas ellas, ni los fastos de la coronación de santa María la Real, que iban a tener lugar “en próxima fecha, por el sublime impulso de nuestro querido prelado” (Diario, supra). En todo caso, la admiración de D. Onofre por la catedral desbordaba todos los límites del entusiasmo y, por supuesto, de la realidad misma, a juzgar por lo que publicó en varias ocasiones. Le obsesionaba el recuperar la visión de los arcos de la cabecera, una vez liberados del enorme retablo renacentista. Soñó con instalar aquí el retablo del Cristo de Caparrosa, que pasó antes por una efímera colocación en la Barbazana. En fin, sería demasiado largo el describir la cantidad de ideas y proyectos que, como torrentes, caían sobre el atribulado cabildo, casi impotente de contener el empuje restaurador del culto beneficiado y mucho menos de sufragar los gastos ocasionados -como después se

demostró-, aunque contara por otra parte con el entusiasmo -que no con la asidua presencia- de D. Santos Beguiristain, canónigo doctoral por entonces. En el citado artículo del Diario de 3 de mayo de 1940, D. Onofre escribía: “.. Con celeridad admirable van soltándose uno a uno los pilares o núcleos de sostenimiento de la nave central, aunque terriblemente mutilados en sus bases durante la reforma del siglo pasado, como antes en el siglo XVI rompiendo brutalmente los fustes o columnitas de los fascículos o haces de soporte”. Todos estos fallos se recompusieron de inmediato con cemento y así han estado hasta que se han vuelto a colocar con piedra de sillería en la restauración de 1993-94. En el mismo artículo, a continuación, da la noticia del descubrimiento de las pinturas murales de la cabecera, al retirar el retablo. Éste es el texto: “Pero lo admirable es lo que en este momento acabo de ver por mis propios ojos, según lo había soñado ya desde niño. Las gigantescas ojivas del recinto absidal están ya a la vista y en sus enjutas se notan unos preciosísimos ángeles, que resbalan sobre la curva de los arcos ojivos como sosteniendo una grande inscripción en caracteres monacales del siglo XV, que corre debajo de la imposta horriblemente mutilada para adosar el grande retablo que acaba de removerse y fue construido en 1590". Las aludidas pinturas son, en efecto, de los últimos años del siglo XV y se han recuperado en esta última restauración, desde la imposta hacia abajo. El resto, hasta la bóveda, estaban tan borradas por el agua que se caló por los destrozados ventanales en el siglo XVIII, que no ha sido posible restaurarlas. Todo ese tramo y el de las enjutas, donde están los ángeles pintados, fueron inmediatamente cubiertos por pintura gris simulando un despiece de sillería, desapareciendo de la vista hasta la reciente restauración. D. Francisco Íñiguez me contó que él vio las pinturas murales cuando se descubrieron, pero cuando al día siguiente volvió para fotografiarlas, ya habían sido cubiertas por la pintura.

Otra fue la historia del baldaquino. D. Onofre concibió la idea de poner una copia del de Gerona o alguno similar a los de las basílicas romanas, sin lograr convencer en principio al cabildo. D. Santiago Alonso me contó por menudo aquellas vicisitudes, por ejemplo, cómo D. Onofre, para convencer a los canónigos, le mandó dibujar a él (infante de la catedral y estudiante de pintura) un modelo de baldaquino que enseñar a los canónigos, para colocar en él la imagen de santa María, en el centro de la estrella (se refería a la de la bóveda de la cabecera). Onofre ya no conoció, por supuesto, el baldaquino neogótico trazado por Yárnoz y ejecutado en 1946 por la casa Sunyer; pero estoy convencido de que le hubiera entusiasmado, aunque el conjunto también ha sido modificado en 1990. Sería largo referirse ahora a todas las reformas de la catedral, ejecutadas o inspiradas según las ideas de D. Onofre, expresadas en sus escritos. En gracia de la brevedad y porque las hemos vivido todos, las omito. En fin, sobre la catedral, estaba inmerso en la extendida opinión de liberar a todos los edificios medievales de cuanto ocultara la visión de la piedra de su fábrica, y a esto hubiera sacrificado prácticamente todo (el mejor ejemplo fue el retablo mayor). Esta opinión tan funesta para la historia del arte se generó ya en Francia, siendo Víctor Hugo en el siglo XIX uno de sus más eficaces propulsores. ¡Qué lejos quedaba ya la famosa expresión del monje Raúl Glaber, cuando decía que “pasados unos tres años del año mil, la tierra se cubría de una blanca túnica de iglesias”!

LA GUÍA INÉDITA DE NAVARRA

La visión que D. Onofre tuvo de Navarra está reflejada en una “guía” inédita, de la que yo tengo un ejemplar, copia mecanografiada. Está firmada en 1938 y consta de IV + 143 folios por una cara. Está concebida como un folleto que hoy llamaríamos turístico en el que se proponen varias rutas que arrancan desde los alrededores del territorio navarro. Incluye aspectos variados: leyendas, historias,

los monumentos y su estado de conservación. Es el panorama de la Navarra de los años treinta del siglo pasado. Un recorrido casi siempre sumario, breve y limitado pero tratado con un estilo literario retórico, grandilocuente, ditirámbico y hasta épico, pero a veces ingenuo. Es un aglomerado de historia, arte y paisaje. En cierto modo se diría que es un autorretrato o un reflejo del propio autor. Comprende un prólogo-índice de cuatro folios y nueve itinerarios en 126 folios. El último con un epílogo lapidario en el que consta su nombre, fecha: 30-8-1938, III Año triunfal, y al que siguen varios más hasta un total de 143, estos últimos dedicados a fiestas y romerías.

Debemos tener en cuenta que ya por entonces se habían publicado, sin contar los libros de Madoz, Altadil, et., las guías de Argita (1904), la del Congresista, de Arbizu y Etauo (1920), la de Joaquín Ilundain (1926) y la de ediciones Aramburu (1929). Después de la guerra siguieron y siguen una multitud, que evidentemente ya no pudo conocer D. Onofre.

Dentro del estilo de las aparecidas hasta 1938 hubiera encajado la de D. Onofre, pero por lo que fuera no llegó a ver la luz, aunque inspiró notoriamente la anónima de D. Néstor Zubeldía de 1930, sobre la catedral.

Aunque sería curioso leerla entera, incluso advertidos de su lógico desfase, es obvio que resulta aquí imposible, por eso trataremos de espigar únicamente algunos temas o pasajes que puedan ofrecer especial curiosidad.

Ya hemos evocado antes a Roncesvalles con sus planes. Añadamos que las coronas de la Virgen son postizas. De Leire, cuyas ruinas acababa de adquirir la Diputación, describe lo que queda, evoca el traslado de los reyes desde Yesa hasta el cenobio y rememora unas frases del discurso de Vázquez de mella en la ocasión, con unas palabras proféticas sobre la futura guerra civil. Cree D. Onofre que allí fueron enterrados 11 reyes, 14 reinas y 26 obispos de Pamplona. Incluye, por supuesto, la leyenda de san Virila y menciona ya el plan del pantano de Yesa.

Disiente de la reconstrucción del castillo de Javier. Sangüesa, “casi cuna de Fernando el Católico”, sus iglesias de Santiago, San Salvador y otras, y destaca la de San Francisco. Santa María es “notable por todos conceptos, aunque profundamente alterada, con su notable imagen de Ntra. Sra. de Rocamador, la meritísima portada en que, sin embargo, fueron aprovechados pele-mele multitud de elementos arquitectónicos heterogéneos que no guardan en sí coherencia absoluta”. Supongo que se refiere a San Miguel de Izaga, cuando dice que en la carretera cerca de Monreal, hay una montaña próxima en cuya cima existe una interesantísima iglesia de transición románico ojival que suscita importantes problemas arqueológicos; pero, sin vías de comunicación, sólo es asequible desde la próxima carretera por camino de herradura bastante accidentado. De Idocin atestigua que ha sido injustamente demolido hace dos años un palacio de la familia paterna de san Francisco Javier (1936) ¿?.

Por la ruta que viene de San Sebastián y la Barranta, habla de Aralar, contando la leyenda de Teodosio y menciona el retablo esmaltado, apuntándose a la idea, hoy resucitada, de que “tal vez debió servir de altar mayor a la espléndida catedral iruniense, precedente de la actual”. Estella, llamada la Toledo de Navarra, le da ocasión de lamentarse de la destrucción de su castillo roquero, Irache e Iranzu, y se revuelve una vez más contra la “carretera abierta en nuestros días que la ha destrozado y cercenado brutalmente”. Se detiene en la parroquia de San Miguel, sus portadas y el interior, además de la capilla de San Jorge, cuya imagen le parece de hierro repujado y policromado ¡!. San Juan presenta una anodina fachada del siglo pasado, tras la cual se mantiene íntegra la vieja fábrica con interesantes portadas. La Rúa Mayor merece su atención, aunque varias casas románicas, góticas y platerescas han sido demolidas por la malhadada carretera. En otro tiempo Estella tenía una pujanza tal que era llamada la “bruja” del Mediodía. Del Santo sepulcro, todavía parroquia, destaca la portada, de la misma mano,

según él, que las dos del claustro de Pamplona. Curiosamente hoy se tiene por original el tímpano de Pamplona y copia lo de Estella, cuando antes se opinaba lo contrario, Hay alusión a las ruinas de Sto. Domingo. En San Pedro (La Rúa) destaca la cercanía del Palacio románico: “Consérvanse las fachadas norte y este, perdida la del oeste en una casa contigua insensatamente destruida en el siglo pasado para ser reemplazada por la insulsa fachada del Juzgado del Partido”. Del interior de San Pedro destaca el tesoro, hoy robado, de San André, etc. Del claustro dice:”Al costado del templo, deliciosamente recogido en el boscaje de la peña, hoy profanada por la malhadada carretera, se tiende un ángulo del claustro románico (los demás yacen enterrados), ostentando una estupenda colección de capiteles iconísticos con historias de san Lorenzo, dignos de estudio para la arqueología de su época. De la Virgen del Puy, después de ponderar su antigüedad, toma pie para recordar los episodios de las guerras carlistas. Irache “hoy esmeradamente cuidado por los padres escolapios” le hace evocar la gran iglesia y la imagen titular trasladada a Dicastillo. Vale la pena reproducir sus líneas:”El celo ilustrado de los hijos de san José de Calasanz va poniendo en valor las denegridas y patinadas piedras hasta ahora enjabelgadas, de la noble fábrica, <olivense> de escuela, por su estructura y ornamento general, a la cual la pompa cluniacense quiso adicionar una elevada cúpula sobre esculturado tetramorfos, el más curioso de España, que debió ser gemela de las afamadas, aún mantenidas en toro, Zamora y Salamanca; quedan visibles huellas al exterior. Desapareció lastimosamente allá por los comienzos del siglo XVI su estupendo claustro románico, no coetáneo precisamente, sino tal vez anterior a la fábrica actual del templo, para ser sustituido por unas alegres arcadas alzadas por gótico decadente y la ornamentación plateresca más fina, pero sin los colgadizos de ellas pendientes, que tanta gracia (a guisa de ejemplo las Nájeras) hubieran de realzarla de haber llegado a sazón”. La zona de Abárzuza le da pie para evocar los episodios de las guerras carlistas con sus opiniones

correspondientes. No puede escapar a su admiración Iranzu, con su idílica y bucólica descripción del lugar y las ruinas monásticas, con sus correspondientes leyendas. “Hoy hacen llorar y sentir profundamente ante semejantes ruinas, acerca de las cuales ciertos escritos y poetas dicen ser las más románticas ruinas de España. Aún son reconocibles, y hasta hace poco ha creído personalmente el autor de estas líneas eran restaurables, casi todas estas dependencias de que ofrecían testimonio y huellas suficientes”.

Se extiende bastante en la descripción de las ruinas aún existentes. Poca atención, en cambio, o al menos se nos hace desproporcionada, la que presta a Puente la Reina, y mucho más a Viana, con la iglesia de Santa María “con aires de catedral” y un triforio “superior en pureza de estilo a su compañero de la catedral burgalesa”. Se detiene en la iglesia de Torres del Río, el “monumento de Templarios” y, por supuesto, en Los Arcos. Atestigua que subió a la cumbre de Monjardín donde “me pareció , a través del reboque que lo recubre, distinguir un arco semicircular o de herradura, en los rehechos muros de la ermita”. Viniendo de Madrid por Soria, pasa por Ágreda “curioso núcleo de casonas aristocráticas y conventos, uno de los cuales lleva anejos recuerdos de la madre María de Jesús, autora de la Mística Ciudad de Dios” y de sus cartas a Felipe IV, con los demás objetos, que este año han sido objeto de una exposición muy concurrida. De Tarazona, parece que confunde el Ayuntamiento con el Palacio episcopal, según él, antigua morada de los reyes de Navarra y Aragón; evoca la hermosa catedral (hoy en restauración forzosa) con su enorme claustro.

Atribuye la estructura de la catedral a la cercanía de Veruela, cuya visita aconseja. De Monteagudo recuerda, en el santuario de Nuestra Señora del Camino, el sepulcro del P. Ezequiel Moreno, hoy canonizado, “el S. Atanasio de los tiempos modernos” debedador del liberalismo actual. De Tulebras, cuna de varios otros cenobios famosos, recuerda que gracias a él, se ha descubierto el altar mayor, del

siglo XII, aunque según él, el monasterio fue vandálicamente destruido y remplazado por un vetusto y feísimo caserón de ladrillo. Hoy habría que matizar mucho todo esto, después de los trabajos publicados, como en tantas cosas, desde entonces. De Corella, sólo habla de los monjes benedictinos que mantienen el prestigio de su hábito en Austarlia. Fitero le recuerda el origen de varias órdenes militares (Calatrava, Alcántara, Montesa y Alcañiz (españolas) y Avis y Montecristo (portuguesas), que tuvieron su origen en este monasterio por su ínclito abad san Raimundo, de quien evoca las gestas de la Reconquista. La gran abadía nació a la sombra de La Oliva y describe su grandiosa iglesia, aun añadiendo que no iguala a su maestra, La Oliva. El claustro ya estaba entonces ruinoso.

Tudela. La catedral, por supuesto, está inspirada en La Oliva. El claustro horriblemente desfigurado. Le admira la sillería del coro. Lamenta la desaparición ¿? Del tímpano de la puerta del juicio. El retablo mayor fue reemplazado, no sin perjuicio del finestrado, que ha quedado oculto. Insinúa que, gracias a él mismo y a un amigo (Castro?) Han salido a la luz el altar románico, semejante al de La Oliva, y la Virgen de piedra. Omite el resto de edificios de la ciudad, en gracia a la catedral, en cuya comparación no valen la pena.

Llegado a este punto y, por la ruta que arranca de Barcelona, pasa por La Oliva, a la que dedica, qué menos, siete folios, cuya mención omitimos, fuera de un par de cosas: “obsesión constante desde mi niñez la idea de su restauración, quiso Dios lograra verla cristalizada en 1926-27, al ser inmerecidamente designado para la presidencia de la Comisión de Monumentos, por el celo y eficaces cuidados de sus dignísimos miembros”. Enumera lo mucho que falta por restaurar. “Los años se van y a una con ellos mis mejores ensueños e ilusiones de su realización ideal”. Y más adelante: “Verja, sillería y pavimento del presbiterio son nuevos; inspirado este último en el que, dos escalones más alto existió allí mismo, y que ha logrado exactamente reproducirse parte de cerámica, parte de imitación de ladrillo

antiguo, con cemento; material asimismo, mediante reactivos químicos, ha logrado emplearse con resultados excelentes, como a la vista está, en la refección de las partes bajas componentes en las pilas de sostenimiento de la nave central; experiencia propia que me permito brindar al estudio y conveniencia de los restauradores”. Añade otros detalles sobre el mobiliario del presbiterio, como “hice pender una pixis eucarística a guisa de columba de los primeros tiempos, que audazmente ha sido retirada y reemplazada por un cajoncito de madera, en absoluto inadmisibile e impertinente”. Promete una documentada monografía (ya en 1930 había publicado una) en la que demostrará que en la obra magistral, tipo de otros templos “que hacen honor a su matriz, formando recomendable escuela”. En fin, es pena que no podamos leer todo lo escrito por el entusiasta D. Onofre, a quien se dedicó con agradecimiento una lápida en el claustro.

Ya fuera de La Oliva, evoca el antiguo monasterio cisterciense de Marcilla, filial de La Oliva del que proceden los fragmentos de una arquería “que el sr. Archivero (Huarte?) Y el dicente lograron se restaurase a expensas de la Excma. Diputación u hoy “está airosamente colocada en los jardines de la Taconera de Pamplona”.

No podía pasar por alto Olite y su comentario sobre el castillo, entonces en ruina “que ya está empezando a consolidarse gracias al excelente arquitecto Yárnoz”. El castillo le da pie a prolongadas e idílicas consideraciones históricas y arqueológicas. De la iglesia de Santa María y escultura central, “objeto de los cuidados del arquitecto sr. Íñiguez, que hemos tenido el honor de secundar. La parroquia de San Pedro oculta la estructura francamente cisterciense de la Oliva hasta el crucero, ya que sus preciosos ábsides fueron sacrificados el siglo pasado. También el claustro estaba por entonces entabicado. Menciona en el convento de Santa Clara una preciosa imagen sedente de María de esmaltes, semejante a la de Artajona “cuyo paradero me es totalmente desconocido”. “Jamás acabaríamos con el relato de tanos preciosos vestigios, que en escultura por ejemplo se saben fueron

hace años objetos de licitación pública en París y habrían venido a figurar en museos particulares”.

Ujué merece la pena la ascensión, “Ya a la vista de la villa había una cruz de término que el salvajismo marxista destruyó hace unos años y tratamos de restaurar”. Describe el templo y la preciosa imagen; describe la iglesia, aconseja un vistazo a “una hornacina del ábside, al lado del evangelio, donde se ve una caja de madera pintada, que logré recuperarla con el conde de Guendulain, en la cual se contuvo la víscera ahí fuera patente del corazón de Carlos II”, etc.

Tafalla atesora el que fue el retablo mayor de La Oliva, ahora en el convento de las concepcionistas (en el momento en que se publica este libro este convento ha sido cerrado y el retablo, cedido al arzobispado, va a colocarse en la iglesia de san Pedro de la misma localidad). Pasamos por alto otros lugares para detenernos en artajona, donde comenta la iglesia de El Cerco, la pequeña iglesia de Nuestra Señora de Jerusalén y todas sus leyendas. Antes de llegar a Pamplona menciona el palacio de Oriz con sus pinturas murales entonces aún *in situ*.

Al tratar de la catedral de Pamplona hemos olvidado lo escrito en la guía sobre los otros valores de la ciudad misma. Así no podían faltar las referencias a las iglesias de San Cernin, San Nicolás, San Lorenzo y la capilla de San Fermín, el desaparecido convento de la Merced, que según él, estaría aproximadamente en el Bosquecillo; de este convento atestigua que procede la imagen de la Virgen de la O, de Santuandía; también alude a la iglesia y convento de los Carmelitas “de escaso valor artístico” y el de las Recoletas.

Finalmente hace mención de los edificios militares: palacio de capitania General, “cuyo precioso salón gótico es de factura olivense”, el hospital militar (antiguo convento de predicadores), con su iglesia “de gótico decadente”, y el Palacio de la Diputación, descrito por fuera y por dentro. Siguen unas líneas sobre el museo de navarra (entonces dentro de la Diputación); el archivo Catedral.

Bajo el epígrafe de Museos dice “propiamente no los hay; Navarra es todo un museo en que entraron a saco, los años últimos, todos los chamarileros del orbe, al amparo de la ignorancia y de la codicia”. Evidente hipérbole, pero no desprovista de cierto fundamento real. Antes de la página final enumera algunas casas históricas particulares.

En la página 127 deja grabado un entusiasta elogio de la actual gesta de navarra.

Y firma: J. Onofre Pérez de Muniain, Delegado de Bellas Artes de Navarra.

Pamplona 30 de agosto de 1938. III Año Triunfal.

Todavía añade unas páginas (16) con el epígrafe general de FIESTAS Y ROMERÍAS en las que incluye las de san Fermín, Semana Santa, Roncesvalles, Ujué, Aralar y Tributo de las tres vacas en Roncal. El lector que tenga tiempo encontraría cosas curiosas, quizá inesperadas, pero ya no son del caso en esta ocasión. Así que pasamos a mencionar algo sobre su producción literaria.

PRODUCCIÓN LITERARIA DE D. ONOFRE

Era de esperar que el entusiasmo de nuestro maestro se tradujera en escritos de todo tipo. Y desde luego que los hubo. Dejando aparte informes oficiales que se le encargaron y que han pervivido en los archivos de la Comisión de Monumentos, de la catedral o del arzobispado, hagamos una referencia siquiera somera y creo que no exhaustiva, de lo que vino a engrosar las bibliotecas públicas o privadas. Procederemos por orden cronológico.

En 1919 aparece por primera vez su firma en el prólogo a la primera obra de las que escribió sobre Ujué el entusiasta religioso del Corazón de María, P. Jacinto Clavería. En 1924, publicó un trabajito en el BCMN sobre San Miguel de Izaga, lugar entonces casi inaccesible, como testimonia en su guía inédita. En 1925 se

incluyó un artículo suyo sobre la catedral de Pamplona en una revista o folleto a la que hemos aludido: “Navarra MCMXXV”. Esta revista la editó Emilio García Enciso. En 1927 salió en el BCMN un trabajo suyo titulado “La CmdeN y el monasterio de Nuestra Señora de la Oliva”, en que daba cuenta de los trabajos efectuados en el monasterio por la Comisión y por él mismo. En 1928, y en el mismo Boletín, publicó otro artículo sobre La catedral de Pamplona. Se cita como obra suya inédita un trabajo titulado *Quasi oliva speciosa in campis*, con fecha de 1928. He consultado un original con este título, conservado en el Archivo General de Navarra en una de las cajas de los papeles de D. Onofre Larumbe, pero otros lo citan como existente en el Archivo de la Comisión de Monumentos, procedente a su vez del Archivo Administrativo de Alcalá, o incluso como manuscrito existente aquí mismo en el monasterio de La Oliva. No estoy seguro de que el autor sea D. Onofre. Se trata de un trabajo muy extenso mecanografiado en cuarta, y en diversos fascículos; sumándolos todos habrá unas 1676 hojas, algunos de los títulos son “Anales del R.M. de Santa María de la Oliva” por Bernardo de Ubani (1798); está el catálogo de abades, muchos documentos transcritos; otra “Crónica del Real Monasterio de la Oliva” con un nombre escrito al principio a mano con tinta que dice Ramón Arroquia (1798). En fin, se trata de un trabajo inmenso e inédito, del que no sé con qué garantía se puede afirmar que sea de D. Onofre Larumbe. En 1928, en San Sebastián, se publicó también un folleto de 26 páginas sobre “Nuestra Señora de Iciar”: estudio histórico-crítico sobre el santuario y su imagen”. En 1930 salió a la luz su breve monografía titulada “El monasterio de Nuestra Señora de la Oliva (restauraciones esplendorosas)” de 29 páginas, con dibujos, fotografías y planos. El discurso inaugural del curso 1934-35 pronunciado por D. Onofre en el seminario de Pamplona, además de ser publicado en el B.O. de la Diócesis apareció un folleto de 43 páginas con el título de “Arquitectura monástica benedictino-cisterciense y su significación en navarra”. Fue, que

sepamos, su última obra, aunque nos quedan sendos artículos periodísticos, uno en el Diario de Navarra y el mismo en La Voz de Navarra, con motivo del centenario (1134-1934) del monasterio de la Oliva, los dos en varios días de marzo de 1934. Y lo último suyo que hemos visto, y ya citado, fue en Diario de Navarra, el 3 de mayo de 1940, a propósito de la restauración de la catedral de Pamplona.

Las referencias a su persona y obra publicadas, por desgracia son pocas: habría que citar a Íñiguez en Arte Medieval Navarro, en 1973; dos folletos en Temas de Cultura Popular, de J. Jimeno Jurío del P. Hermenegildo Marín (1970 y 1975); en la GEN VI, 532, de José Andrés Gallego y la vos correspondiente a él dedicada en VI 456, que me fue encomendada a mí mismo. Finalmente es obligatorio citar las referencias a su obra en la tesis doctoral de D. Emilio Quintanilla, sobre la Comisión de Monumentos de Navarra (1995).

LA MUERTE DE D. ONOFRE LARUMBE

Queda dicho que ocurrió inopinada e inesperadamente en Roncesvalles. Eran frecuentes sus visitas a la Colegiata, donde tenía “mesa y habitación”. D. Emilio Linzoain me ha facilitado amablemente estas líneas: “El 10 de noviembre esperaba en la casa de D^a Sabina Ugalde el autobús de línea para trasladarse a Pamplona y a las siete horas sufrió un ataque de apoplejía; instalado en una habitación de la indicada casa, fue asistido espiritualmente y acompañado durante todo el día por el prior D. Fermín Goicoechea; falleció sin recobrar el conocimiento a las doce horas de la noche del mismo día 10. Su cadáver fue trasladado a Pamplona, donde se inhumó”. Fue el año 1942.

EPÍLOGO

Todo esto y mucho más se podría decir de D. Onofre. Como en toda obra humana hubo luces y sombras en sus actuaciones. Lo que no podemos regatear en

absoluto es el reconocimiento de su entusiasmo, de su fervor religioso y aún patriótico, y su piedad sincera y operante.

El tiempo ha corrido velozmente desde su muerte: las restauraciones que él soñó han sido en gran parte espléndidamente realizadas; los estudios históricos, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, han sido abundantes y valiosísimos; los medios de investigación y de crítica histórica han podido dejar obsoletos sus afanes y las conclusiones de sus investigaciones, pero hizo lo que pudo en su tiempo y a él, como a todos, hay que reconocer el trabajo hecho, por encima de los aciertos y desaciertos, todos ellos explicables por su sincera voluntad. Que la historia y Dios, sobre todo, le premien todos sus esfuerzos. Y creo que aquí, en La Oliva, estará para siempre esculpido en piedra su esfuerzo.